

Jesús Piña

*Ofrecerte soluciones
Para mejorar tu vida*

14 historias de amor para tu niña



Jesús Piña

Encuéntrame en:

[Facebook](#)
[Youtube](#)
[Instagram](#)
[Twitter](#)

Índice

Sólo dale clic al título que te agrade:

Melancolía
Tu primera canción
Aunque no lo puedas ver
Mi mamá
Vive
El llamado de la sangre
El secreto de Alicia
Déjate despeinar
Mudanza
Amor inútil
Mi hija crece
El abrazo de papá
El hermanito
Los valientes también lloran



Lunes 22 al jueves 25 noviembre 2021

Por Facebook a las 7 PM.

*Para integrarte al grupo donde serán las transmisiones
solo haz clic aquí:*

¡Tú eres el amor de tu vida!

Melancolía



“La melancolía es la felicidad de estar triste.”
Víctor Hugo.

Cuando desperté, ya no estaba mi mamá....

I.

“Oye tía, ¿a dónde fue mi mamá?” –preguntó Pepe, un niño de 3 años con la angustia reflejada en sus ojos diminutos.

“Tu mami fue a llevar a tu hermanita al cielo mi amor” –fue la respuesta de una jovencita de dieciséis años convertida en improvisada niñera.

“¿Se murió mi hermanita? ¡Mmm! ¿Y por eso tuvo que irse mi mamá? ¡Yo también quiero irme al cielo para que me acompañe mi mamá!” –dijo el niño en un tono de enojo, reclamo y miedo, mientras su tía guardaba silencio y abrazaba al niño en medio de su frustración.

II.

“Oye tía, ¿a dónde fue mi mamá?” –cuestionó otro día el pequeño Pepe.

“Tu mami está en el hospital cuidando a tu hermanito, mi amor” –respondió inquieta la joven tía.

“¿Mi hermanito vive en el hospital? Nunca lo he visto en la casa.” –dijo Pepe.

“Es que tu hermano ha estado enfermo y los doctores necesitan cuidarlo para que se alivie” –dijo la joven.

“¿Y por qué yo no puedo ir? ¡Ya sé! ¡Si me enfermo, mi mamá estará conmigo también!” –contestó molesto.

“¡No pienses esas cosas Pepe! Ya pronto volverá tu mami. Yo voy a hablar con ella, mejor vete a ver la tele.” –replicó la tía.

III.

“Oye tía, ¿a dónde fue mi mamá?” –dijo Pepe meses y meses después de repetir la misma pregunta.

“Tu mami está arreglando unos papeles de adultos, mi amor” –contestó su tía esperando que con eso el niño se calmara.

“Siempre que no quieren que me entere de algo, dicen que es cosa de adultos, ¡y eso no me gusta!” –exclamó Pepe.

“¡Es que no lo entenderías!” –dijo enojada su tía.

“¡Cómo me gustaría crecer muy rápido y ya ser grande para acompañar a mi mami en sus cosas de adultos!” –reclamó el niño llorando...

José despertó agitado de su sueño plétórico de recuerdos infantiles, de un tiempo muy antiguo cuando su tía lo cuidaba mientras su madre andaba atrapada en su propio laberinto, con la muerte de una hija, la enfermedad del más chico, el duelo por la muerte de su padre y los trámites de su divorcio.

Igual que de niño, cuando José despertó, su mami no estaba ahí. Sin embargo, ese día se arregló, tomó una taza de café y echó a andar a casa de su madre. La encontró sentada, en la misma silla de siempre, pintando una cerámica y hablando de sus dolencias y visitas al doctor; José se acercó a ella despacito y le dijo desde su corazón de niño: “¿Me abrazas mami?”

Jesús Piña

Volver al índice

Tu primera canción



Cobijada entre los brazos de su padre, una pequeña niña bebía la leche del biberón de las 5 de la tarde. Mientras succionaba el chupón, su mirada estaba fija en aquel hombre, quien en esos momentos sólo pensaba en la grandeza y el reconocimiento que recibiría por su tesis de maestría. Más aún, él estaba convencido acerca de su destino glorioso como líder de multitudes.

No podía ser de otro modo, desde niño quería ser alguien importante y la vida se encargaría de mostrarle el camino para lograrlo. Sólo era cuestión de esperar el momento propicio, pues él suponía que sería temporal la situación de precariedad por la que atravesaba.

La bebita seguía comiendo sin inmutarse por la megalomanía de su padre. Estaba en buenos brazos, se sentía amada, protegida y la leche estaba calientita.

Aquel hombre caminaba cargando a su niñita por el pequeño y frío departamento, sumido en una sesuda reflexión acerca de las estrategias políticas a seguir en las próximas semanas; hasta que se terminó la leche y la bebita se inquietó. Entonces comenzó a mover sus manitas, sacando del ensimismamiento a su padre.

“¡Muy bien princesa! ¡Por fin te acabaste tu lechita! Espero que te duermas pronto, seas buena y me dejes trabajar en la computadora.” -exclamó el hombre con las ansias de volver a concentrarse en sus delirios. Así que levantó a su hija pegándola a su cuerpo y la cargó poniéndole una de sus manos en la

espaldita para hacerla repetir. Al mismo tiempo comenzó a arrullarla... pero la niñita no se durmió.

Aquel papá se estaba desesperando. El mundo no se transforma en medio de un oscuro departamento mientras das el biberón a una niña. La bebita sonrió, el padre hizo una mueca. ¿Cómo hacerla dormir? Molesto la recostó en su cuna, pero más tardó en soltarla que la niña en llorar con ese aturdidor sonido de sobrevivencia.

“¡Ya duérmete! ¡Necesito ponerme trabajar!”, fueron las palabras que se le ocurrió exclamar a ese desesperado papá. La bebita sólo lloró; lloró un llanto más fuerte para que la cargaran. El hombre se pasó las manos por su cabeza tratando de resolver el absurdo dilema sobre cómo dormir a su hija y así ponerse a trabajar en asuntos verdaderamente trascendentes.

Levantó a su hija con sus manos y mirándola le gritó enojado: “¡Ya duérmete! “. Sin embargo, la niña siguió llorando. Aquel hombre estaba realmente alterado, con el cuerpo tenso, las emociones revueltas y el pensamiento confuso. La niña lloraba y lloraba.

Fue entonces que ese atolondrado papá miró los húmedos ojos de su hijita enrojecidos de tanto llorar y algo se quebró dentro de él... se vio a sí mismo siendo un bebé, solo, muy solo en una cuna. Nadie lo acompañaba en esa habitación, no había papá, no había mamá, no había nada. Y entonces también lloró lágrimas de tiempos muy remotos.

Abrazó a su hija, la pegó a su pecho y le dijo: “¡Lo siento pequeña!”. Así que comenzó a arrullarla y le cantó la primera canción que se le ocurrió, una de Silvio Rodríguez, y simplemente le cantó desde su corazón:

*“Yo quiero una princesa convertida en un dragón
yo quiero el hacha de un brujo para echarla en mi zurrón
yo quiero un vellocino de oro para un reino
yo quiero que Virgilio me lleve al infierno
yo quiero ir hasta el cielo en un frijol sembrado y ya.”*

Una, y otra, y otra, y otra vez cantó ese padre esta canción, hasta que su pequeña hija se durmió.

Jesús Piña

Volver al índice

Aunque no lo puedas ver



Julio salió impactado de su terapia. ¡Ahora resulta que sus papás lo abandonaron por amor!

Definitivamente su psicólogo estaba alucinando...

Cuando Julio nació, sus padres lo dejaron a la entrada de un templo. Unas monjitas lo recogieron y se lo regalaron a una mujer gringa que estaba de vacaciones en Comalapa, un pequeño poblado chiapaneco cercano a Guatemala.

Desde niño, su madre de acogida le contó que ella lo había adoptado, pero que no sabía nada de sus padres, ni siquiera sus nombres, pues le habían hecho jurar que nunca investigaría la verdad de su origen. Era todo un misterio...

Mientras recordaba todo esto, Julio meditaba en su oficina la hipótesis de su terapeuta: “abandono por amor”.

“¡Qué jalado! ¡Pero si yo sólo quiero encontrarle sentido a mi vida construyendo un mejor futuro!” -reflexionaba con cierta indignación. “¿Volver al pasado? ¡Para qué! ¡No vale la pena buscar a una pareja sin corazón capaz de dejar a un bebé a su suerte!”

-siguió diciéndose a sí mismo, hasta que sonó el teléfono y salió de su ensimismamiento...

A los trece años murió su madre adoptiva de una enfermedad terminal.

“Todo sucede por algo hijo, aunque no lo puedas ver todavía”,
-fueron algunas de las últimas palabras que ella le expresó en su lecho de muerte-.

¡A él no le importaba nada de eso!
Él sufría intensamente la muerte de su mami y ahora se hallaba completamente solo por la vida.

Uno de los caminos que Julio encontró para mitigar el sufrimiento fue el alcohol y posteriormente la cocaína,

sólo que sus adicciones ya no resolvían como al principio sus conflictos, y le estaban trayendo más problemas que antes;
fue por eso que decidió acudir a una terapia...

Julio detuvo su automóvil a la entrada de la casita número 9 de la calle principal del pueblo de Comalapa, donde le comentaron que encontraría a la mujer más anciana del lugar y que tal vez ella le podía informar el paradero de sus padres.

Al verlo, Doña Cuquita, -que así se llamaba la anciana-, le miró a los ojos y le dijo:

“¡Mira nomás jovencito! ¡Cómo te pareces a tu madre Juanita!”, -dijo emocionada.

“¿Juanita? ¿Usted sabe dónde puedo encontrar a esas personas?” -balbuceó Julio un poco desconcertado por la contundencia de Doña Cuquita.

“¡Ah muchachito! ¡Si tú supieras! Tu madre se llamaba Juanita y tu padre Carmelo. Ellos están muertos y bien enterrados en el panteón del pueblo.”
-respondió visiblemente conmovida.

“¿Tiene mucho tiempo de eso?”, -interrogó Julio con un creciente interés.

“¡Huy, sí muchacho! Poquito después de que tú nacieras. ¡Fue un asunto muy sonado en el pueblo!

Tu padre Carmelo no quiso venderle sus tierras al cacique de por aquí, entonces amenazó a tus padres y los mandó asesinar.

Mucha gente creyó que tú también habías muerto, pero en una ocasión, -mientras tomábamos una taza de chocolate caliente-, la Madre Teresita me platicó de ti, me confesó que estabas vivo porque tus padres te regalaron con una gringa. Y ya no supimos más, hasta ahora que te veo, ¡qué caray!”, -dijo Cuquita suspirando como si se liberara de un secreto que no era suyo...

“¡Sí, diga usted!”, -le preguntó una risueña muchacha a la entrada de la casita número 9 de la calle principal del pueblo de Comalapa, a un Julio que seguía atrapado en sus imágenes y emociones.

“¡Ah! ¡Hola! ¿Aquí vive Doña Cuquita?”, -preguntó Julio un poco desconcertado.

“¡No Señor! Mi abuelita Cuquita murió el año pasado.” -fue la respuesta de la muchacha.

Julio quedó muy sorprendido. Agradeció la atención de la joven y subió a su auto sin saber qué hacer.

¿Soñó acaso la conversación con Cuquita? ¡Pero ella murió! ¿Estaría imaginando cosas? Entonces sintió un impulso muy fuerte, como nacido del alma, y se dirigió al panteón del pueblo.

Fue después de mucho andar entre las tumbas, que encontró una cripta que decía:

***“Aquí descansan los restos de Carmelo y Juanita.
Su última voluntad: ¡Díganle que fue por amor!”***

Jesús Piña

Volver al índice

Mi mamá

Eres la mejor y la única para mí...



El primer recuerdo que tengo de mi mamá es abrazándonos a mi hermano y a mí para protegernos de unas piedras que caían. Yo tenía como 3 años... ¿Cuál es el tuyo?

Hace unos días leí una revista de niños en la recámara de mi hija donde venía un test sobre los tipos de mamá que hay y la mía salió una madre exigente (léase sobreprotectora). Una tarde me regañó públicamente porque me peleé con otro niño por defenderme y yo no entendía su enojo para conmigo. A mis diez años me cuestionaba, “¿de qué lado está?” Hoy puedo ver que su estilo exigente fue su modo de amarme. Ya había muerto una hija, no podía equivocarse de nuevo.

Las mamás primero son mujeres y después... también.

¡Es tan fácil olvidarlo! Sobre todo cuando tu mirada es la de un niño, aunque tu cuerpo sea el de adulto.

Durante algún tiempo idealicé a mi madre, hasta que pude ver que ella es una mujer común y comprendí con alegría que ahí radica su grandeza... Y mi alma descansó.

Las mamás aman, odian, gritan, lloran, gozan, se cansan, se equivocan, tanto como tú o como yo.

En Constelaciones Familiares me enseñaron una frase de poder:

“Mi mamá es un poco mejor que yo”

Mucho no, porque la ensalzas y te tornas un tirano con ella imponiéndole tus expectativas de perfección. Menos que tú tampoco, porque eres su hijo(a) y sólo su hijo(a); ella llegó antes a la vida, más aún, la Vida llegó a ti por ella.

Una de las más grandes enseñanzas que recibí de mi madre fue ver el amor y veneración que le tenía a mi abuelita Elvira. ¡La miraba con tanta ternura! ...como si quisiera salvarla: Honra su destino es el mensaje aquí.

Otra de sus grandes lecciones ha sido su amor y pasión por la vida, ¡jaja!
¡Creo que de ahí me viene!

Oye: Y tú, ¿En qué te pareces a tu mamá?

Pero ya habló mucho el adulto, así que le pregunté a mi niño interior lo que más le gusta de ella y me dijo lleno de orgullo:

“¡Mmm! ¡Pues que es mi mamá!”

¡Te quiero mamá!

Jesús Piña

Volver al índice

¡Vive!



El 26 de julio es el Año Nuevo Maya...

Y según lo que leí es tiempo de prudencia, templanza y paciencia. Una buena época para no tomarse en serio las cosas pues son ilusorias y darte la oportunidad de irradiar tu luz y abrirte a la sabiduría.

Fue también el cumpleaños de mi hija. ¡Ya tiene nueve! Aún recuerdo cuando nació un soleado miércoles por la mañana y la llevaba en mis brazos...

Internamente me dije: “¿y ahora qué se hace?”

¿Cómo celebras tu cumple?

Si lo miras bien es tu año nuevo personal, pues para ti, la vida comenzó ese día.

Esta vez mi hija quiso ir a la Feria de Chapultepec con sus amiguitas y nos subimos a casi todos los juegos: carros chocones, casa inclinada del señor Sereno, el carrusel musical, el ratón loco, el martillo, los troncos de agua, el cascabel y ¡poor supueesto! La Montaña Rusa. ¡Fue húmedamente divertido! ¡Pues nos llovió por la tarde y yo quedé hecho una sopa!

¿Y tú? ¿Cuándo fue la última vez que visitaste una feria?

Estando ahí no te queda de otra: te conectas con tu niño interior... con todo lo bueno y lo no tan bueno que hayas vivido en esa época.

Creo que fueron muy pocas las ocasiones en que mis papás me llevaron a una feria. ¡Ah! Pero cuando lo hacían, ¡cómo lo disfrutaba! Era romper la rutina de la semana e ingresar a otra dimensión, una mágica dimensión llena de gritos, colores, algodones de azúcar, emociones encontradas por subirse a un juego con el dilema existencial de “quiero, pero no quiero”.

En la “Casa inclinada del Señor Sereno” me llegué a sentir ridículo cuando nos pusieron a brincar, aplaudir y cantar... ¡pero como el ridículo es colectivo se te olvida! Está uno más preocupado por no resbalarse en un piso convertido en resbaladilla.

Antes me molestaba mojarme, mi yo crítico empezaba a taladrarme con todos sus prejuicios y complejos, sin embargo, mi hija me enseñó a bajarle el volumen a mi perfeccionismo y ahora me pongo flojito y cooperando. Como le dije a alguien esta semana: Me rindo ante a la fuerza de la vida y al chapuzón del agua. ¡Total! Ya se secará la ropa.

Si como dicen los mayas es tiempo de irradiar tu luz,
¿cómo pulir la lámpara que ya eres?

Te propongo algo:

¡Estás viva...!

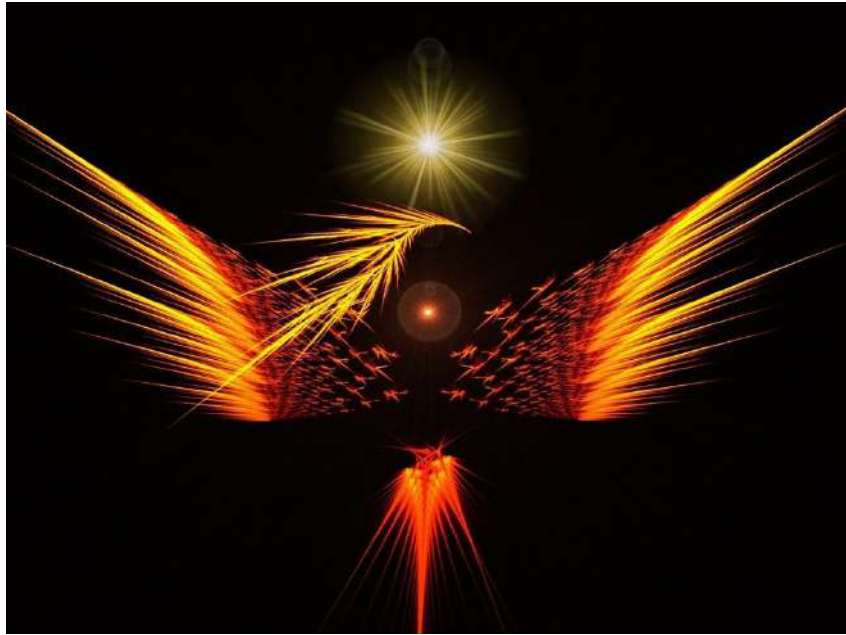
¡Así que vete a la Feria!

¡O de perdida al parque de tu casa y súbete a un columpio!

Jesús Piña

Volver al índice

El llamado de la sangre



Hace unos días se incendió la casa de mi padre...
Él y su familia sobrevivieron.
¿Tu padre aún vive?...

Hoy caí en la cuenta de que nunca le he escrito una carta.
Dejaré a mi niño hacerla...

” ¡Hola papá!

-dijo emocionado mi niño interior, el mismo que aún recuerda cuando su papá lo levantaba en brazos siendo muy pequeñito, mientras recibía paletones de chocolate-...

¡Hoy tengo qué decirte que estoy muy contento de que sigas vivo!

Mi cabeza no entiende mucho eso de los incendios, sólo sé que cuando yo tenía diez años me quemé mi bracito derecho con agua hirviendo y me llevaron al doctor para curarme.
¡Me dolía mucho! Y tú no estuviste conmigo...

De chiquito no entendía eso de que tú te hubieras ido, le llamaban con una palabra rara: divorcio.

¡Imagínate! Tan rara era esa palabra que se borró de mi memoria junto con tu imagen.

Crecí muchos años sin saber que eras tú el que me había traído a la vida.
¡Y cuántas veces me quedé con las ganas de decir!:
“¿Me abrazas papi?”

Me hubiera gustado que me acompañaras a los festivales de la escuela,
o cuando fui capitán de la escolta,
o cuando me saqué 10 en Matemáticas,
o cuando supe andar en bici,
o cuando me iba a dormir, ...
¡nunca te di besito de buenas noches!

¡Es triste...!

¡Ah! Pero un día maravilloso, después de muchos, muchísimos años,
me volviste a hablar y me dijiste: “Tú eres mi hijo y yo soy tu padre. Sólo tu padre.”
Ese día lloré de alegría pues te había recuperado.

¡Mmm! Aunque viéndolo bien siempre has estado conmigo.
En mi sangre, en mis venas, en mi carne, en mi ser todito.

Por eso, cuando me enteré del incendio de tu casa, no me preocupé, porque dije:
Si yo soy fuerte y yo soy como mi papá,
entonces ¡él es más fuerte! y va a resolver su problema.

Hace un ratito leía historias de niños enojados con sus papis...
Yo también estuve enojado contigo, pero ya no.

Un día me enseñaron que un papá se aleja de su hijo para protegerlo de él mismo.
¡Qué extraño suena eso! No lo entiendo muy bien, pero ya vi que es verdad.

¿Recuerdas a Topo Gigio?

Él cantaba algo que hoy canto muy feliz desde mi alma chiquita:

¡Yo quiero ser como mi papá!

¡Y ya soy como tú!

Te voy a contar un secreto sólo entre los dos:

Tengo ganas de verte y de ir a Los Ángeles a visitarte
y que me lleves a Disney a ver a Mickey y a Donald...
pero creo que mi mamá se enoja...

El otro día le pedí su bendición para ir contigo
y se puso seria, cruzó sus brazos y me dijo:

“Como quieras... es tu papá y yo no puedo evitar que lo veas”

De todos modos, ya se habla con tu hermano y dice que quiso mucho a tu
mamá,

o sea, a mi abuelita Ángeles.

¡Mira! ¡Tú vives en la ciudad de mi abuelita!: Los Ángeles.

¡Bueno! Ya tengo que irme... Sólo quiero que sepas algo que llevo grabado
para siempre en mi corazón:

“Te vea o no te vea... ¡Tú estás conmigo!”

Tu hijo Jesús Cuauhtémoc

PD: A los niños y a las niñas que lean esta cartita,
háganle una a su papá, aunque no se la vayan a dar.
Cuando yo escribí la mía, ¡me sentí muy bien!”

Jesús Piña

Volver al índice

El secreto de Alicia



Lo que resiste, apoya...
¿Cuáles son tus resistencias?

El domingo anterior renové mi pasaporte. Tardé muchos años en hacerlo...

Una fuerza más grande me lo impedía: la lealtad a mi madre.
Paradójicamente, esa misma fuerza se convirtió en mi impulso, en mi catapulta,
fue tan simple y tan profundo como pedirle su bendición,
reconociéndole su buen lugar como mi madre y como la abuela de mi hija.
La magia estuvo en un álbum de fotos que le regalé para su cumpleaños, ya te contaré otro día...

Como muchos saben, mis padres están divorciados desde que yo era un niño,
y cuando tu mirada infantil predomina, tu amor inocente desea unirlos de nuevo,
o supones que estar con uno es oponerte al otro quedando inmerso en una guerra que no te toca.

¿Cómo resolverlo?
Asumiendo que, juntos o separados, ellos son y serán SIEMPRE tus papás.

Para tu parte adulta es menos difícil aceptarlo.

¡Ah! ¡Pero tu niño! Tu niño es diferente.

Aquí me llevó algunos años lograr que mi Jesusito lo viviera con plenitud.

Para ayudar a tu niño interior, lo primero será VERLO.

Ahí está: Ensimismado en su mundo, tal vez en un rinconcito de tu alma, aguardando un milagro.

No lo olvides: primero necesitas verlo. ¿Cómo?

Recuérdate niño, especialmente cuando eras muuuy, pero muuy chiquito...

Estoy en el kínder vestido de blanco, es día de las madres, estoy en el salón junto con mis compañeritos, pintando el regalo de mi mamá: una tablita de madera para picar la fruta, con forma de puerquito...

¿Pudiste conectar con el tuyo?

Aquí está el túnel para entrar a tu mundo interior; como Alicia en el país de las maravillas...

Tú eres Alicia buscando resolver los misterios de tu vida y tu familia.

Por eso: sigue a tu conejo blanco y encontrarás a tu Reina de Corazones cortando cabezas, combatirás a tu dragón Jabberwocky, mientras te reencuentras con tu Sombrero Loco, te sorprenderás de las apariciones de tu Gato de Cheshire, disfrutarás de tus gemelos Tweedledum y Tweedledee, dialogarás con tu Reina Blanca y, al final tal vez, sólo tal vez, descubrirás la salida de tu enredo.

Diré algo que sólo algunos me entenderán:

¡Alicia en el país de las maravillas es toda una constelación familiar!

¡Oye! ¿Y cuál es el secreto de Alicia?

Que Alicia eres tú...

Jesús Piña

Volver al índice

Déjate despeinar



¡Déjate despeinar por la vida!

¡Lo leí y me gustó!

A mi hija le dejaron una tarea en la escuela: Cuidar un huevo durante 15 días, adornarlo, vestirlo, limpiarlo, darle de comer... como si se tratara de un bebé.

Ella me comentó la intención de su maestra: Aprender la responsabilidad de tener un hijo.

Y es así como surgió el tema que hoy te comparto:
LA RESPONSABILIDAD.

Si te vas al origen de la palabra verás que es la cualidad de RESPONDER.
¿Tú respondes?

Responde por tus acciones...

Estás haciendo algo y de pronto la riegas, ¡ups! ¿Te ha pasado? ¡A mí sí! Y es cuando mi niño interior se asusta y corre a esconderse en el rincón más oscuro y lejano de la casa. No importa si tienes 6, 45 o 70 años, el miedo a las

consecuencias de nuestros actos nos provoca huir. Pero algo aprendí en las constelaciones familiares acerca de la frase de poder para comenzar a asumir tu responsabilidad, te la comparto:

Si te equivocas, admítelo y di

“¡Lo siento!”

Responde por lo que te toca...

Hay quienes van por la vida repitiéndose: “Eso no me toca”, “Ese no es mi problema”. Mejor míralo al revés y pregúntate lo que Sí te toca. Para empezar, responde por ti mismo; ¡tú eres tu propio encargo! Como dice el fragmento de una bella obra de teatro: “Levántate! ¡Ponte los zapatos! Siente el suelo bajo tus pies... ¡Te tienes a ti mismo! ¡Tú eres la solución!”
(¡Wow! ¡Me emocionó y recordé al grupo de Jornadas donde pertencí!)

Suelta lo que no es tuyo...

Se parece a la anterior, sin embargo, la diferencia es abismal. Hay personas que se echan encima los problemas y preocupaciones de los demás. Ahí van cargando como mulas los paquetes de otros. Primero, empiezas sintiendo pena ajena, y luego luego te enganchas a querer solucionar las broncas de los otros hasta el grado de no poder dormir pensando en atender algo que no es tuyo.

¡Aguas! Te doy otra frase de poder:

“Yo soy yo, Tú eres tú, Y para mí está bien así.”

Liberarte de lo que no te sirve...

¿Cuándo fue la última vez que escombraste tu clóset, la cajuela del auto o tu locker? Aquí puedes ver un reflejo de tu caos interno, pues como es afuera es adentro. ¡Escombra! Te conviene.

El ser humano es un animal que guarda muchas cosas inútiles, lo paradójico es que te irás de este mundo sin nada material. Si al caminar llevas en la mano cosas inútiles y te das cuenta de ello... ¡pues suéltalas!

¿Quieres una frase para esto?

Cuando desees verdaderamente liberarte de algo o de alguien, despídete así:

“¡Por lo que me diste, Gracias!”

La vida tiene su timing...

Todas las cosas tienen su tiempo, todo lo que está debajo del sol tiene su hora.
(Eclesiástico 3,1)

Esta frase bíblica está llena de sabiduría; te está diciendo que el momento propicio generalmente es cuando vas a tomar una decisión.

Aquí recordé un escrito mío de hace algún tiempo, haz clic en: La duda es no.

Otro modo de expresarlo es éste: Toma las oportunidades que te lleguen,
¡total! el peor fracaso es no intentarlo...

¡Sí, ya sé! Quieres tu frase; ahí te va:

¡Hoy lo haré diferente! ¡Hoy lo haré a mi modo!”

El control es tu aliado, evita convertirlo en tu tirano...

Leíste bien: El control es tu aliado... sólo si tú quieres.

¿Te has preguntado por qué existen el control, el orden, la estructura, las reglas? Porque sin ellas no habría convivencia y armonía entre las personas.

El control está a tu servicio, siempre y cuando no te excedas con él. ¿Cómo saberlo?

Cuando el control te asfixia, te oprime, te destruye, entonces ya es un tirano. El control es como tu esqueleto, te mantiene firme, en pie y te da seguridad.

Sin embargo, eres más que un esqueleto; eres músculos, órganos, piel, ¡eres un ser con vida!

¿Sabes? Responder por tu destino es un atributo del héroe...

Por eso:

¡Déjate despeinar por la Vida! A Ella le encanta provocar a tu héroe dormido.

Te regalo la estrofa de una canción que es todo un himno para despeinarte:

*Deja de llorar
Y aprende a luchar
La vida tan sólo es un momento
No te dejes vencer y mira lo que ayer
Se te escapó como si fuera el viento...*

Jesús Piña

Volver al índice

Mudanza



“Aquí solía traerme mi papá cuando era niña”, -explicó Maya a su novio mientras arrojaba migajas de pan a los patos del estanque principal del Parque México.

“Le gustaba verme sonreír, que trepara en las rocas de la fuente, pintar un lindo vitral el domingo o aventarnos la pelota entre las columnas de la explanada”, suspiró con nostalgia.

“¡Imagínate!, -expresó divertida-, a los ocho años yo tenía un bonito celular rosa ¡muy, muy antiguo!, era Sony Ericsson, y mi mamá me marcaba para decirme que me extrañaba y que me quería, eran los tiempos donde la gente aún no utilizaba la telepatía.”

“Ha cambiado mucho el mundo desde aquellos días,” -respondió su novio-.

“Pero ¿sabes algo? Por mucha nanotecnología, colonización interplanetaria, transmutación de enfermedades y viajes multidimensionales en el hiperespacio, los seres humanos seguiremos siempre con nuestras necesidades básicas de afecto, pertenencia, identidad y sentido.

La tecnología es una herramienta, facilita la vida, pero no es la vida.”

“¡Eso es cierto!”, -respaldó Maya mientras compraba una congelada de rompopo en un carrito de paletas con inteligencia artificial-, “Todavía ahora

comerte un algodón de azúcar en el parque o ver a un papá enseñando a su hijo a andar en bici, son experiencias únicas que nunca cambiaría.”

Ambos se quedaron callados por unos segundos mirando el chorro de agua que salía de los cántaros de una fuente ecológica fotovoltaica.

Entonces Maya dijo emocionada: *“Mi padre me enseñó una frase y me la repetía siempre que veníamos al Parque: Pies y manos son tu apoyo. Recuerdo muy bien que me lo remarcó una tarde que yo tenía mucho miedo de cambiarme de casa.”*

Él me explicó: *“El pie derecho es papá. El pie izquierdo es mamá. Tu mano derecha es saber dar y tu mano izquierda saber recibir.”*

Pies y manos son tu apoyo.

Pocos días después nos cambiamos a uno de los mejores hogares que he tenido en mi vida, muy cerquita del Parque Hundido.”

“Por cierto, ¿Vas a ver a tu papá este fin de semana?” –preguntó su novio.

“Sí, cuando regrese de su viaje espacial a Júpiter, donde fue a dar una conferencia sobre el reto de ser padres.” –contestó Maya con la alegría reflejada en su rostro...

Quiero proponerte un ejercicio:

Escribe alguna de las frases célebres que aprendiste de tu papá o de tu mamá ¡Seguro que algo tendrás que decir!

Jesús Piña

Volver al índice

Amor inútil



Ama desde tu buen lugar:
El que te corresponde.

Una tarde estaba una mujer sentada frente a un montón de facturas, estados de cuenta y deudas por pagar. Se veía tensa y angustiada.

Su hija de 4 años se acercó y le dijo: “¿Qué tienes mami?”
“Estoy preocupada porque no me alcanza el dinero para pagar lo que debo”, - dijo la atribulada señora.

La niña miró con amor profundo a su madre y se fue corriendo a su recámara. Mientras tanto, la mujer volvió a ensimismarse en su enredo financiero. Al poco rato llegó su pequeña hija con treintaiuna moneditas entre sus manos, y entregándoselas le dijo:

“Toma mami, para que pagues todo lo que debes.”

La hija había roto su alcancía y le dio a su madre todo lo que poseía.

Este es un bello ejemplo de amor,
un acto conmovedor...
pero INÚTIL.

La madre siguió con sus deudas. La hija entregó todo lo suyo.
Y ambas perdieron amándose.

El amor sin orden es como una inundación, arrasa todo a su paso. Es el deseo infantil de tomar las cargas de los que uno ama.

“Para que no sufras tú, sufro yo”

Es el mensaje oculto del amor inútil.

¿Te ha pasado?

A mí sí; cuando era adolescente soñaba con trabajar para ayudar a mi pobre mamá,

sonó como la canción de los tres cochinitos de Cri-Crí.

Pero más allá de lo anecdótico, hay mucha gente que ama sin orden.

Un día alguien me dijo que se sentía frustrado porque no había logrado sus sueños de niño: ganar mucho dinero, comprarle una casa a su mamá, sacar a su papá de trabajar, pagarles viajes y lujos, y conseguir que fueran felices para siempre...

¡Y entonces puff!

Despierta a la realidad y su mami aún vive en la casa rentada, su papi sigue con su duro trabajo y él se haya sumido en una terrible depresión y sin empleo.

Este hijo ama con todo su corazón a sus padres, pero fuera de su lugar.

¿Y cuál es ese buen lugar?

¡Pues el de HIJO, no el de papá!

Es como si mi hija de 9 años quisiera pagarme mis gastos de adulto.

Y aquí he estado hablando de dinero, pero esto también aplica con historias repetidas, lealtades invisibles, sentimientos heredados, salud-enfermedad, relaciones de pareja y actitudes ante la vida.

Y para quienes me han preguntado cómo, lo primero es que te des cuenta de algo vital:

Te sales de tu buen lugar POR AMOR...

Jesús Piña

Volver al índice

Mi hija crece



Mi hija crece...

La contemplo ahí, paradita junto al sillón, contando sus estampitas de Toy Story 3
aún con esa mirada de niña que le conozco desde bebé,
mirada ingenua, profunda, de una sabiduría ancestral;
pero con su cuerpecito transformándose en una mujer incipiente.

Mi hija crece...

Y aun sabiendo que es ley de vida, y aún consciente que mi tarea es darle herramientas para lograrlo,
algo en mí se quiebra,
como si un rayo disolviera mi espejismo de la inmovilidad infantil.

Mi hija crece...

Y una fuerza muy grande me empuja a reunir recursos de donde sea para llevarla a Disney
antes de que su mirada sea de puberta y no de niña.
Tal vez por eso me conmovió la película de Toy Story 3:
Andy deja a Woody y a Buzz para jugar con el destino.

Mi hija crece...

¡Me acordé de mi mamá! ¿Habrás sentido lo mismo cuando yo dejé mi bicicleta y la cambié por una guitarra?

¿Cuando ya me aburría estar en las comidas de los domingos y prefería salirme con mis amigos?

A esa edad no me preocupaba el corazón de mi madre, sólo mi independencia.

Mi hija crece...

¡Y apenas va a cumplir diez años! ¡Hoy los niños cambian muy rápido! Traen un chip genético muy acelerado.

Yo a los diez jugaba con mi hermano a construir castillos en la sala acarreando sillas y cobijas.

Hoy mi hija juega con su Wii y se divierte en la tele con Hanna Montana, Drake & Josh, o iCarly.

Mi hija crece...

Es hora de practicar lo que en conferencias he dicho: “Los padres dan, los hijos toman”,

y toman de uno todo lo que llevarán en su mochila existencial, donde la mochila preanuncia el viaje de su propio destino.

Mi hija crece...

¿Y por qué me duele si es justamente el éxito natural de tantos esfuerzos como papás?

Tal vez sea porque ya nos necesitan menos,

dejamos de ser indispensables,

es el derrumbe de los dioses

y ahora somos tan sólo un hombre y una mujer comunes.

Mi hija crece...

Cuando la recojo de la escuela

veo su estatura rebasando a muchos niñitos kinderguardianos,

y cuando ella se acerca a mí, me llega casi a los hombros,

hoy todavía le gusta que la abrace un poquito al saludarla.

Mi hija crece...

Y aún con el corazón apachurrado, le deseo el mayor de los éxitos en la construcción de su autonomía,

esa donde ella sea la dueña de su propio destino y se mueva por sí misma.

Donde mi alma verdaderamente la respete cuando ella me diga:

“Papá: Ya puedo sola”.

Mi hija crece...

Y busco y rebusco en mis archivos la palabra sabia, la frase correcta, la emoción adecuada para aceptar su crecimiento.

Así que guardo silencio, cierro mis ojos, extendiendo mi mano y viendo su carita le digo:

*¡Toma mi bendición hija mía
¡Para mí está bien que crezcas!*

Jesús Piña

Volver al índice

El abrazo de papá



“¿Qué se sentirá que te abrace tu papá?”

Aída, -una bella mujer de 36 años-, meditaba esta pregunta mientras se dirigía a su cita...

Cuando ella cumplió cuatro años sus padres se divorciaron y nunca más volvió a saber de él.

Era un tema prohibido en casa y aprendió a vivir con la ausencia paterna, donde siempre juró y perjuró que no lo necesitaría.

Pero un sábado la invitaron a un taller de constelaciones familiares y la terapeuta le mostró el origen de sus dificultades con los hombres: ***le faltaba la fuerza de su padre.***

“¡Eso no es cierto!”, -fue su primera reacción.

“¿Cómo voy a creer que alguien desconocido y ausente para mí influya tanto en mi vida!”, -manifestó con indignación.

“Ausencia es presencia. El primer hombre de tu vida es el padre”, -le contestó la terapeuta.

Tardó varios meses en asimilar la exótica idea; treinta y dos años sin papá no se borraban fácilmente.

Aída era una exitosa profesionista dedicada a las relaciones públicas en una prestigiada consultoría ubicada en Santa Fe.

Su fuerte era el contacto personal, donde trataba a muchos hombres de poder, negociaba con ellos, amarraba excelentes proyectos y conseguía jugosas comisiones.

Pero en el terreno afectivo, -el del corazón y las caricias-, era justamente al revés, no daba una con los hombres. Ella nunca había entendido esa contradictoria dualidad en su vida, hasta que la terapeuta se lo mostró...

Mientras dejaba su auto con el valet parking, se percató de su nerviosismo, las manos le sudaban, su corazón latía agitado.

“¡Qué extraño!”, -pensó. Estaba acostumbrada a tratar de frente con hombres poderosos, y en esta cita con el hombre que le dio la vida, se estaba comportando como una niñita asustada.

Súbitamente le llegó un flashback casi borrado por el tiempo:

Se visualizó cuando tenía dos años de edad refugiada entre sus cobijas, llena de miedo, mientras caía una fuerte tormenta; era de noche y sólo escuchaba los truenos rasgando el silencio.

Su carita cubierta de lágrimas y su cuerpecito tembloroso eran el mismísimo retrato de la vulnerabilidad.

En esa imagen, vio abrirse la puerta de su recámara y entre las sombras apareció una silueta masculina, la niña estaba aterrada, pero no gritó.

El hombre se acercó con dulzura y abrazándola con infinito amor le susurró:

“¡Tranquila! ¡Yo estoy aquí!”

Ese abrazo la contuvo, la hizo sentirse protegida.

Poco a poco se durmió, al tiempo que aquel hombre le acariciaba su pelito y le cantaba una canción:

*“Yo quiero una princesa convertida en un dragón,
yo quiero el hacha de un brujo para echarla en mi zurrón
yo quiero un vellocino de oro para un reino
yo quiero que Virgilio me lleve al infierno
yo quiero ir hasta el cielo en un frijol sembrado y ya”*
(Silvio Rodríguez)...

“¡Señorita! ¡Señorita!”, -le habló el valet parking.

Aida volvió de su ensimismamiento, tomó su boleto y caminó al interior del restaurante mientras miraba su reloj.

“¡Es tardísimo! ¡Nunca llego tarde a ninguna cita!”, -se recriminaba a sí misma.

Adentro, alcanzó a ver a un hombre ya de canas, sentado en la mesa que ella reservó.

Tomó aire, se acercó apresuradamente y con balbuceos comenzó a disculparse por su retraso.

El hombre la miró a los ojos y sujetándola suavemente de los hombros le dijo:

“¡Tranquila! ¡Yo estoy aquí!”.

Jesús Piña

Volver al índice

El hermanito



“Papá: Mi hermanito sólo duerme, llora, come y descome.”
-comentó mi hija mientras la recogía de la escuela.

“Cuando estás recién nacido esa es una misión muy grande: Crecer”,
-le respondí un poco divertido por su asombro.

¿Te han platicado cómo eras tú de bebé?...

¡Jaja! ¡Creo que le llamaré a mi mamá para preguntarle, pues recuerdo muy pocas cosas!

Mis tías me cuentan que mi mamá les hacía lavarse las manos al llegar a casa, desinfectárselas con alcohol y esperar un rato para aclimatarse, ya después de este ritual higiénico, entonces sí, podían verme y tocarme un ratito, pero sólo un ratito, no me fuera a desgastar.

“Mételo en una vitrina”, -le decían.

Es que fui su primer hijo y estaba aprendiendo a ser madre con el excelente método de ensayo-error.

Mi hija tiene un nuevo hermanito y le sorprende todo lo que hace:

“Mi hermanito cuando está en la cama boca abajo, levanta su cabecita como las tortugas”.

Hasta ahora no he visto que la invadan los celos o se sienta desplazada, ella sabe que tiene su lugar como primogénita, -bueno, eso creo yo.

Una vez me preguntó si el amor se acaba de tanto repartirlo, -fue mientras le compraba unos materiales en la papelería-. Yo le dije:

*El amor es como el sol, sale para todos
y a todos nos llega su luz y calor.
Ya depende de cada persona cuánto quiera tomar.*

Por lo pronto, ella regresa entusiasmada de la escuela porque quiere ver y estar con su hermanito.

El principio fundamental entre los hermanos es la complicidad,
y eso veo entre mi hija y su hermanito:
Son cómplices de sangre.

Su mamá me ha platicado que hasta se duermen en la misma posición y hacen los mismos gestos.

Te voy a compartir algo muy extraño para mí:

Nunca creí ver a mi hija con un hermanito sin ser yo el papá de ese bebé.

Sin embargo, me siento contento de esta nueva experiencia y muy honrado con la vida.

Antes de terminar este post le llamé a mi mamá, -le emocionó recordarme de chiquito-.

Me contó que le regalaron una pelota y \$500 de los de antes, cuando gané un concurso al niño más sano;
también me platicó que le gustaba mucho vestirme de blanco; pero lo más impresionante fue cuando me relató que a los cuatro meses de nacido, yo me caí al piso mientras me cambiaba el pañal... y ella lloró.

¿Qué es lo impresionante?

Que a mí también se me cayó mi hija recién nacida por un descuido que tuve al acomodarla en su sillita.

En ese instante eterno fui consciente por vez primera de que yo era papá.
¡Me conmovió escuchar a mi mamá!

¿Te han platicado cómo eras tú de bebé?
Hoy es un buen día para hacerlo.

Jesús Piña

Volver al índice

Los valientes también lloran



Cuando llegué frente a ella, su carita estaba llena de miedo, -lloraba y lloraba-, y hasta se tiró al piso de sólo pensar en lo que le esperaba. Te confieso que yo también estaba temeroso, incluso dudaba de si sería lo correcto.

Mi hija tirada en el piso junto a su cama, con los brazos cruzados y sollozando amargamente por la estoica prueba que esa tarde enfrentaría. Su mamá fue suave y firme al principio, sin embargo, tuvo que endurecer el tono cuando nuestra hija se aferró en su negativa de levantarse del suelo.

Yo como papá me sentía dividido, una parte de mí decía que era lo mejor, que en la prueba tu maestro interno te pide que trabajes y evoluciones; y la otra parte de mí me tentaba a ponerme del lado de mi hija y evadirnos: “Mejor vamos otro día”.

¡Total! Que al final decidimos tomar al toro por los cuernos y nos dirigimos al hospital. Mi corazón de pollo sufría por el tormento que se avecinaba. No era para menos, ¡una vacuna es una vacuna!

Recuerdo siendo niño que, ver esas enormes agujotas mientras las enfermeras les extraían el aire a las jeringas, me ponía la piel chinita y me preguntaba:

“¿Qué mal hice si siempre me porto bien? ¿por qué me traen a este lugar de tortura?”

Cuando iba en la secundaria me aplicaron unas vacunas antirrábicas por más de 5 o 7 días, ¡no sé cuánto!, pero además del dolor de la inyección, pasé la vergüenza de que me picaran en el vientre...

Volviendo a la vacuna de mi hija:

Platicando mientras íbamos en el auto rumbo a la clínica, surgió la frase: “Los valientes también lloran”. ¡Wow! ¡Gran revelación!

Pues sí, es cierto, los valientes y los cobardes lloran, sólo que el valiente acepta el miedo y lo convierte en su catapulta para crecer. El cobarde no y es aplastado por el miedo.

Cuando llegó el horrible momento, la enfermera nos miraba con cierta ternura condescendiente, - ¿o tal vez sería lástima? ¿o como diciendo “¿y a estos ridículos qué les pasa”? -, mujer experta en convivir con tantos y tantos papás e hijos que sufren ante la aplicación de una vacuna, hizo rápido su trabajo.

Al final, nos merecíamos endulzar el momento y premiar la vacunística proeza, así que les invité a mi hija y a su mami unos deliciosos helados en Yogurtland Condesa, y como dicen:

Fue prueba superada... por lo menos hasta la próxima cita.

Los valientes también lloran, -y de un modo particular cuando te aplican una vacuna-, pero siempre será mejor cuando esos pequeños valientes saben que poseen una red familiar que los contiene y que caerán en ese colchoncito afectivo que les amortigüe los golpes de la vida.

Jesús Piña

Volver al índice



Lunes 22 al jueves 25 noviembre 2021

Por Facebook a las 7 PM.

*Para integrarte al grupo donde serán las transmisiones
solo haz clic aquí:*

¡Tú eres el amor de tu vida!

Jesús Piña



*Constelador Familiar
y Emprendedor Digital*

Mi misión:

Ofrecerte soluciones para mejorar tu vida a través de las Constelaciones Familiares y que seas luz para el mundo.

Experiencia desde 1998

Escríbeme a: jcpina9@hotmail.com

¡Y con gusto te respondo!

¡Eres luz para el mundo!